



mas despechadas del aburrimiento. Pero, ¿cómo enfadarse con Rosita? Allí estaba mirándola con un gesto confianzudo y amistoso en el umbral de la puerta, las manos en jarras, el torso y el vientre abultados destacados hacia delante. Del traajín, los rizos, cobre —era pelirroja como su señorita, y joven como ella, lo que determinaba un irrespetuoso porcentaje de intimidades y simpatías—, estaban alborotados y húmedos de rocío de sudor—y en la cárota roja y rolliza, brilla una sonrisa bondadosa. Descalza de pie y pierna, con el aire decidido, provocador, el delantal y la falda de dril azul impulsados hacia atrás por el vienteillo de la corriente, parecía una Victoria de Samotracia del servicio doméstico. Criticó.

—¡Vamos, qué ánimos! ¡Y el tren sale a las nueve!
 —Calla, que si te ve mamá así descalza...
 —Pronto va a tener ocasión de vernos a todos. En la playa. Bueno, la haré yo el equipaje.
 Comenzó a hacerlo. Blanca la miraba sin decir nada. Su aburrimiento la impulsaba a gritar de cólera en vista de la risueña actividad de la otra. Que viendo que la señorita no tenía ganas de conversación, volvió a su cantar.

*No hay quien pueda,
 no hay quien pueda
 con la gente marinera.*

—¿Pero se puede saber por qué cantas tú eso? ¡Qué estribillo odioso!
 —Si la señorita tuviera, como yo, un novio marino, cantarí así.
 ¡Pim! ¡Pam! Los chapines rojos de Blanca cayeron sobre la cabeza testaruda de la criada. Que, inmutable, siguió cantando grito pelado. Mientras Blanca, ya llorando francamente, comenzaba a preparar la ropa que había de ponerse en el viaje.

* * *

Seguía, ya en el hotelito de las Arenas, cantando Rosita su canción con más entusiasmo que nunca. Sin embargo aun no se veía parecer por ninguna parte al novio marino. Pero la muchacha miraba a la señorita con aire de feliz complicidad. Hasta que un día—¡oh, democracia de la civilización que hizo enrojecer

de orgullo a la criada y turbarse un poco a doña Paula!—llegaron dos cablegramas azules. Uno para las señoras y otro para la novia, que se desgañitaba afirmando a grito pelado:

*No hay amor
 como el del navegante.*

—Bueno, niña, mañana llega tu primo. Hacen escala aquí bastantes días; supongo que tú podrás reconocerle...
 —¿Yo?—preguntó Blanca asustada.
 —Pues el novio de ésta—por la muchacha—, que es marinero en su barco, podrá indicártelo.

Así, pocos días después Blanca saludaba efusiva a un guapo chico, teniente de Marina. ¡Si se conocían desde chicos! Y habían partido el dulce de la merienda y se habían peleado como buenos hermanos. Sí, como hermanos. Pero la gente que los veía, riendo en la desbordada cordialidad del primer encuentro, los tomaba por una pareja, y él, Enrique, aseguraba burlando:

—Blanca, el mejor parentesco es este nuestro de primos. Porque tiene todas las ventajas familiares, sin excluir las del noviazgo y boda. Antes bien, las facilita. ¿Tú no crees...?

Ella estaba a punto de creer que sí. ¡Se aburría ya tan poco! Pero no quería dar su brazo a torcer a la testaruda canción de la Rosita, que machacaba día y noche:

*No hay amor, no hay amor,
 no hay dinero,
 no hay amor
 como el del marinero.*

El, Enrique, se extrañaba. ¿Un poco? No, demasiado, de la insensibilidad de la muchacha. Que ya sólo por testarudez se forraba los oídos de todas las tristes historias de amores de verano, de la inconstancia del navegante. Y hasta de aquellos versos tristes y cínicos del poeta chileno:

Farewell.

«Amo el amor de los marineros, que besan y se van...»

Pero, ¡ay!, que se iba el verano, que se iban los días de escala, que se iba Enrique, y con él el amor, teniente de navío o capitán

(Continúa en la pág. 46.)